



Expedición Doméstica

Marisa Martínez Pérsico

Seudónimo: Taude

Marisa Martínez Pérsico (Lomas de Zamora, 1978). Licenciada y profesora en Letras egresada de la Universidad de Buenos Aires, obtuvo recientemente su Diploma de Estudios Avanzados en la Universidad de Salamanca con un trabajo de investigación sobre poesía ecuatoriana del siglo XX. Se encuentra actualmente redactando su tesis doctoral para la misma institución, sobre la etapa ultraísta de la revista "Alfar" (La Coruña/Montevideo). Es profesora en un colegio secundario y en un instituto terciario, adscripta de cátedra en Literatura Latinoamericana II (UBA) y correctora editorial free lance. También colabora en tareas de recuperación del archivo de la Fundación Leopoldo Marechal. Ha obtenido becas de perfeccionamiento artístico o académico ofrecidas por UNESCO-OREALC (1995), Ministerio de Cultura y Educación (1997-2002), Subsecretaría de Juventud del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (2003-2004), Banco Santander Central Hispano-Universidad de Salamanca (2004-2007) y Fondo Nacional de las Artes (2008). Ha publicado "Las voces de las hojas" (poesía, 1998, Ediciones Baobab), "Poética ambulante" (poesía, 2003, Programa Arte Joven de la Provincia), "Los pliegos obtusos" (poesía, 2004, Programa Arte Joven de la Provincia), "La república de Leopoldo Marechal" (ensayo, 2005, Universidad de Lanús) y "Tres forma del insilio en la poesía ecuatoriana del siglo XX" (ensayo, 2008, en prensa). Tiene una novela inédita, "Las manos en la madre".



Expedición doméstica.

Son las siete en Reichsgau
Y en otro punto equidistante
Del planeta.

*(Cuando iba a la escuela me gustaba
abrazar el planisferio y calcular
la simetría de los
husos. Siempre supe
que Japón era el revés de Buenos Aires.)*

A la tarde me arrojé a la humedad
De la bruma y acaricio
El crepúsculo violeta. Mi cuota de orfandad
Se debilita si recorro las calles
De Carintia.

*Ni siquiera me aleja un hemisferio
del espacio que tu cuerpo ocupa.*

Pero anoche llovió y
Cómo extrañé tus pasteles de membrillo
El fragor de la cuchara contra
El plato, tu puñado de bucles.
Pinceladas reflejas de sentirte
En casa.

Acá se ve la auriga
Y en los bares se respira olor a Maxim's.
Es molesto adecuarse a otra rutina.
Nunca acaba por ser del todo tuya y la nostalgia
Persiste.

*El té de enebro
Tus cruces y estampitas
Enredar palabras por hablar de golpe
La manera de hacer
un dobladillo.*



Golpean

A la puerta. Me levanto a abrirte.

Dejo paso a tu inercia

Y apoyás dos bolsas

En el piso.

¿Qué te pasa?

Te miro como si te desconociera,

Como si un terremoto nos hubiera

Partido, y por la puerta entreabierta

Florece las clemátides.

Nada. Qué bueno que viniste.



IV

El aire se transforma en un ladrillo
Para que nuestros cuerpos aprendan
El oficio
De encontrarse
En una casa de puertas abiertas.
Tu cabello
Una camelia desplegada
Hacia la tierra tendida
De mi cuerpo

Golpe y grito

Martillar la piedra
Antes de que otro muro imaginario
Cimente nuestra casa
Sin puertas ni
Paredes.



Dignidad.

De todos los oficios de la rosa

Elogio su homenaje de la muerte.

Empecinada por trepar la tierra, ávida

De gloria

Se endereza majestuosa contra el viento

Coronada por un séquito de plumas

A esperar

La recompensa

De que algún caminante

Aplauda su belleza

Y la destruya.



Dos.

El mar es una línea quebrada por un barco
Varado entre las rocas de un faro
Sin bujías. El viento me refugia
Contra mis propias manos
Tanto frío en la piel que no las siento mías.
Apartados del mundo que moja nuestras playas
Este mar intruso de tus
Ojos. La mutua soledad
Desconocida. El viento helado.

Nombraré cada cosa
Entre la última tarde y esta tarde
Para que nada empiece
A separarnos.



Noche

La tarde se hundirá en las ruinas de mis ojos

Y antes de volver te traerá a mí

Para que pintes

Mis paredes blancas

Tus pinceles rojos



Casa hipocresía.

No me importa
Que rompas el peldaño que te vuelve
Que quieras
Que te escondan.

Me interesa
No sepas dominar esta importancia
Ni con dos de tus manos
Ni con todas las flores
De tu nombre.



Circuito.

Volver

Siempre venir de alguna parte

Invocar el ritual

De la mudanza.



Cicatriz.

Entre la muñeca y los nudillos
Una mácula rosa que acompaña la mano
Se desplaza
Sin saber que la miro, mira el mundo
Impasible
Con sus ojos de coágulo.

*Irreparable rosa,
Herida silenciosa.*



Once.

Le han robado la piel a los caballos
Para que la noche homicida se refugie
En tu pelo. Deambulan las estrellas
Bajo el cielo nublado
Golpeadas por un látigo oblicuo
Tu cabello
Es una catedral vacante de palomas
Vacío de color, prendido en el espacio
Ceguera que me empapa hasta volverme
Silencio
Refugio de la gloria
Que se acerca a mi mano.
Cuando el tiempo de blanco devuelva a las estrellas
Su morada de luto, su cárcel
Soberana
Y otros hombres hereden la savia
De tu pelo, yo me iré
Hacia la sombra, más allá de la nieve
A recobrar el dolor inmortal
De los caballos.



Doce.

Te rodeaba una cofia de marfiles
Como flores o túnicas
Inútiles
Yo quería despojarte de esas mantas
Verte bailar liviana y cadenciosa
Sí
Era ese traje incómodo
Te hacía lucir de porcelana.

Yo a tu lado
Estatua viva de mármol en la fuente
Dedicando su elogio de Narciso
A una réplica de labios
Indefensos.

Allá hay un vaso que siente como yo
Una prolongación vidriada
De mi cuerpo.
Qué lástima verme en ese vaso
Compartiendo su ser
De recipiente.



Viaje en espiral.

Arrodillada bajo el lento proceder del clima inhóspito

Deslizo la mano susceptible

Un mundo nace detrás de una cortina

El sol se pone al horizonte

El viento dobla cortaderas amarillas

Tanto ir, volver, quedarse

en una escuela, un patio, la playa, un desayuno

por probar la verdad

de una semilla

Estoy amando tu contorno de cuerpo a mi costado

Estoy pensando en decir que te conozco

Estoy pensando para qué pensar si el viento sopla estéril

Que salgan las estrellas de una vez

Abandonadas a la luz

De sus hermanas.

Tengo sueño.



El silencio de Dios me deja hablar.
Sin su mudez, yo no habría aprendido
a decir nada.

Roberto Juárez

Suspensión.

El tiempo-daga

El tiempo de la flor o del discurso

Florido,

o de la roca.

Todo es tiempo es nada

Una leyenda profana en la Escritura

Que mantiene las ansias

En remojo



Viaje exquisito.

En algún lugar, debajo
De la noche
Bajo el pálpito de ver la misma luna
Alguien se entristece por mí
Sin conocerme.
Ninguna otra señal de lo posible

*como si no ser
fuera el reverso de mi sombra.*

Es hora
De cerrar ventanas y postigos. El sueño
Es mejor profesor que las estrellas.

*Hay que dormir deprisa.
Hay que iniciar el viaje.*

Adiós
Extranjero de tierras
Melancólicas. La Aurora
Aproxima su carruaje.



Viejo poema II

Te amo empapada de un efímero

Infinito. Sin medida

De tiempo y aguardando

Los detalles banales

Del adiós.



XX

Cuántas veces esperé una carta
De mí misma
Enviada del futuro para la niña
Olvidada. Con el sol
En los ojos y una pierna
A cada lado del caballo
Sigo yo
Conmigo en brazos
Crecida para alimentar el recuerdo

De mi propia esperanza.



Regreso de Vorarlberg.

Desde esta celda oscura
Que encadena mi cuerpo a un azulejo
Toco un pájaro de vidrio
Que se rompe
Y se vuelve a remendar.

Esperaba ver llegar
Tus dos maletas de cabra
El sobretodo azul un poco triste
Que zurré el día anterior a tu
Partida

¿Ves?

Yo no quería privarte de la nieve

Ni de los labios de Anne que te besaban

En lo peor de mis sueños.

Ya no importa.

Las agujas
Acarician las diez y no viniste.
Quiero escuchar la llave rodar
Del otro lado. La oscuridad
Prospera y me confunde. Me convierte
En Crimilda

disfrazada de luto por Sigfrido.

Tengo ganas de escuchar tu voz, de ver
Postales y explorar qué traés
En las valijas.



Pero las horas son pájaros
De vidrio
Que se rompen
Y se multiplican
Interminablemente.



XXII

Es preciso causar algún desorden

Desinflarse en su atenta

Vigilancia.

No divulgar ni al viento

Aunque él se muera

también

De mediodía

Esos remilgos de hacerse

Vulnerable.



Retorno diferente.

Quiero llegar de visita a nuestra casa.
Transitar el camino clausurado de escombros
Dibujando mi pie en su galería.

Entrar por las ventanas
como cabe un asalto, ver con ojos
ajenos
Lo que el viento cifró en el calendario.

Escuchar la agonía de la tarde
Al pintarse de azul
Entre las olas

*Siempre dije
Que tu voz era un océano indeciso*

Duplicarme en las piedras
De tu cuerpo

*los platos
los acrílicos
las piedras traídas de los viajes*

Mirar de qué manera reinventan su contorno
Nuestros labios gastados
Como si fueran de otros.



Una poeta, Montevideo de 1914.

Esperaré llegar un mediodía hasta caerme

De un último latido

Anticipado. Con la sangre

Caliente. La definitiva.

Solamente la frente y vertical

Entre la tierra

Y el cielo.



XXV

Una calle color jacarandá, las flores lilas
Puntos móviles se agitan en el aire
Al compás de una forma
Indefinida
Una mano se abraza a mi cintura
Las flores se desnudan
Sin saberlo
A los pies de alguno que las mira
Mientras cruza la calle, piensa en otra cosa.
Doy un paso. Escucho
Una bocina

*Entender la voluntad del viento por soplar informe
Entender la voluntad de mi alma por creer que existe*

La plegaria del que vende pochoclos¹
En la esquina.

Veo cuerpos dispersos
En el pasto, el contraste del verde
La ropa colorida
Miré la piel de un brazo y me pareció excesiva
Una cara es inerte
Como un dado.

Acorazada en el silencio
De una de tus manos
Te amé tanto, o algo parecido
Mientras las flores goteaban
A lo lejos.

¹ Modismo rioplatense: palomitas de maíz.



XXVI

Por las ventanas puedo ver lo que antes no veía

La tierra pintada por abajo

Caída

Las pieles azules y verdes

Que la noche y el campo se dibujan

Las texturas prestadas por el aire

Todas las pieles que las cosas se dejan

Mutuamente mirar de una ventana

Desniveles dispersos

Cabelleras

Una mano que corre una cortina,

Un ángulo oblicuo

En un cuadrado.



XXVII

Lo más triste

Lo más contradictorio

No es amarte

Sino reconocernos.



Despojos.

Tengo miedo del río y de las puertas:
son veredas que cruzan a otra parte.

Tengo miedo de partir y no encontrarte,
de volver a sembrar orillas muertas.

Tengo miedo de la roca silenciosa
que aglomera su núcleo de virutas;
tengo miedo del himno de los perros
contra el cerco violeta de la luna.

¿Para qué? Si ya perdí la cuenta
de las mantas que tejió el olvido
para abrigo de noches inconclusas.



Siete.

Tu mano en mi mano es una despedida demorada
toco la carne de tu mano en ese cóncavo
sitio de su sueño y ambas manos
se ríen
se entrelazan hasta destrozarse
con sus veinte cuchillos
empuñados.



Ocho.

Somos un vegetal que nace en dos sentidos
atorados de cuajo a la semilla.

Siempre firme,
aferrada al borde inverso
que confina indeleble nuestra forma.



Renunciamiento.

Renuncio a desterrar tus ojos de mis ojos.
Renuncio a declararte el olvido a mi presencia.
Renuncio a demandar mi sitio en tus heridas,
mis cicatrices y heridas al filo
de tus besos.

Renuncio a convertirte en una cifra
prendida a mi amuleto
pues
renunciándote renaces de pronto ante mi vista
como el más extraño amado
y extrañado
en un lapso fugaz como un gobierno.

Renuncio a renunciarte entonces,
y las palabras, que existan.



Diez.

No éramos objetos ni personas.
Expatriados los muebles y los vasos,
los monumentos domésticos,
las almas,
las fracturas filosas
del espacio.

Éramos un ramo de polvo untado a la madera
Un ramillete amorfo de sustancia
asilado en una caja de paredes.

Dos niños jugando a los felices,
clavándonos la espada
imposible
del amor.



La escuela de Sísifo.

Quizás comparta el mismo
porvenir de los objetos
designados al vicio de una forma.
A veces sospecho que la luz
hace un enorme esfuerzo,
igual que el sol
colgado de una órbita
en su muda comunión con el absurdo.



XII.

Las catedrales de tus párpados se cierran
los altares
promontorios de velas y floreros esparcidos
la piel los confesorios
tus pestañas trabadas se entretienen
provocando la ira de los santos

en la iglesia de mi alma el coro está entre llamas

clausurada la iglesia y unos ángeles
prendidos en tu pelo



XVI.

La casa respira por la ventana abierta
mientras compartimos la trinchera
debajo de las sábanas.

En la mitad de mi sueño cae de vos una caricia
imprevista, un billete que rueda
al fondo de un bolsillo agujereado.

Entonces, tibiamente, por el hueco vacío
de la almohada
como un mendigo piadoso
mi cuerpo se inclina
para atajar tu mano.



XVIII.

No traigas a casa tu alegría. No me obligues
a vencer

antes de tiempo

este combate
contra la melancolía, ni presumas
que me voy a acostar
plácidamente
con la cara servida de la muerta
al otro lado
de la mesa de luz.



Grisedumbre.

Tengo una catedral de lamentos en los labios.

Una continuidad precipitada.

Toda una tierra de distancia entre llanuras
eternas de arterias atornilladas.



XXI.

Somos dioses. No somos
dioses. Somos
lo primero que oculta la mirada: un brillo
volátil que se apaga
y se traduce en una fórmula ajena
a la
palabra o a la flor.

Vacilación

hasta tomar la flor
o la palabra.



Giro.

La noche inexorable
Se empeña en nublar con su silencio
El rugido intercostal
Que me provoca

Sin heridas,
Los platos de la cena reposan en la sombra
Y la penumbra diluye cualquier tentativa
De existencia

Verdemusgo,

¡Ser inesperado!

La lluvia contradice el compás de los relojes
Y me trae tu beso.
A deshoras.



Oficio blanco.

Cada noche

Un niño llora ante la sombra de su madre que se aleja.
Las luciérnagas, déspotas de luz bajo una luna de cuarzo
Que alimenta el rencor de las hormigas
Atestiguan su ausencia.

Mariana está rota.

Junta sus pedazos, guarda sus astillas
Vestigios de esperma chorrean su espalda
Se abrocha la falda, se enjuaga los senos.
Se aburre del circo pero siempre baila.
El plato no falta.

Un triciclo averiado reposa entre juguetes
La ropa tendida en su cuerda de alambre
Se escuchan suspiros del hijo que duerme.
La casa está en calma.
Sin hambre.

¿Qué siente Mariana, después del festejo,
Cuando, en su refugio, se quita el disfraz?
Se siente paloma, tan blanca, tan pura
Comiendo basura que algunos le dan.

Y se duerme en paz.

